

ENRIQUETA. (A Clara.) ¡Cuidado no nos sigan! (Clara sale y cierra la puerta secreta.)
 ISABEL. (Que ha llegado á mirar en la mesa de la derecha.) Aquí están las flores..., no ha llegado á ellas.
 CLARA. (Pasando en medio.) Pero las ha visto. ¡Pobrecillo! Esto le distraerá de sus penas.
 ENRIQUETA. (Mirando en la mesa de la cena.) ¡Oh, lo que es la cena no ha sido desairada!.. ¡Y qué temprano ha cenado!
 ISABEL. ¡Ya!.. ¡Como que el pobre no verá mucho de eso!
 CLARA. Tampoco quiso tocar el dinero que le puse en el bolsillo...; pero el casero recibió el importe de los dos meses... ¡Quererle echar por dos meses!
 ENRIQUETA. ¡Bribón!.. Entonces sí que hubiera sido imposible seguir protegiéndole... si se va de este cuarto.
 ISABEL. (Dando un grito.) ¡Ay! (Deja caer de golpe la tapa de una caja.)
 CLARA. (Asustada.) ¡Ay!
 ENRIQUETA. (Corriendo á la puerta secreta.) ¿Viene gente?
 ISABEL. ¡No, no!.. ¡Es que he visto... ahí en esa caja... unas pistolas!
 ENRIQUETA. ¡Qué susto he llevado!
 CLARA. ¡No me quedó gota de sangre!..
 ISABEL. Como el pobre está tan triste..., padece tanto..., se ve huérfano, sin amigos..., sin recursos..., en un momento de desesperación... ¡quién sabe lo que puede hacer!.. ¡Y á mí me da un miedo ver pistolas!..
 CLARA. ¡Qué disparate!.. No está en ese caso.
 ENRIQUETA. (Pasando al centro.) ¡Eso podía hacer el ingrato!.. No: yo creo que el corazón debe decirle que hay alguien en el mundo que piensa en él.
 ISABEL. ¡Sí que debe decírselo! (Acercándose á la mesa y escribiendo.) ¡Ah!
 ENRIQUETA. ¡Y si él supiera á cuánto nos exponemos por consolarlo, particularmente yo!.. Tal vez hago mal; ¡pero me interesó tanto lo que Isabel me contó... y lo que luego me has dicho tú..., y es tan desgraciado!..
 ISABEL. ¡Siempre trabajando y sin fruto! (Pone un papel en la caja de las pistolas.)
 CLARA. Y luego el dichoso pleito...
 ENRIQUETA. Pero en ese pleito, tú...
 CLARA. Ya..., ya veremos..., déjame á mí.
 ENRIQUETA. Entre tanto es una suerte que se haya venido á vivir aquí..., así podemos socorrerlo, sin necesidad de descubrirnos ni aun con él mismo.
 CLARA. ¡Oh! ¡Eso por supuesto!.. Tiene pocos años..., y no sabría callarlo.
 ISABEL. Pues yo creo que sí... ¡Es tan reservado..., tan melancólico!.. ¡Siempre está solo!
 ENRIQUETA. Nuestra memoria le hará compañía.
 ISABEL. ¡Buena compañía!.., si no nos conoce. Si nos conociera..., á lo menos, á alguna de las tres...
 CLARA. Puede que perdiéramos en ello.
 ISABEL. ¡Quién sabe! Quizá el agradecimiento...
 ENRIQUETA. Ya nos verá... mañana. Lo que oímos antes por esa puerta..., cuando se quejaba con su amigo..., ya lo he contado..., y surtirá efecto.
 CLARA. (Pasando al centro.) ¡Cuidado..., cuidado con una imprudencia! Por el pronto contentémonos con socorrerlo: más adelante veremos... Lo que es la pintura creo que no lo ha de enriquecer.
 ISABEL. Pues á mí me parecen muy bonitos sus países!
 CLARA. Sí... Pero de todos modos, mejor es que tenga dinero..., y si no..., algún destino...

ENRIQUETA. ¡Es verdad..., un destino!.. Y eso ya sabéis que... yo puede que consiguiera...
 ISABEL. Pues á mí..., ¡qué sé yo! Los empleos..., mejor le quisiera pintor... y que ganara su pleito.
 CLARA. El pleito..., ya he dicho que veremos, algún paso he dado ya...
 ISABEL. Y así que se halle acomodado..., establecido..., ¿qué haremos?
 CLARA. Entonces.
 ENRIQUETA. Entonces... casarlo.
 CLARA. ¡Casarlo!.. ¡Ya! Tú...
 ISABEL. ¿Por qué no?
 CLARA. ¡Hola! ¿Por qué no?
 ISABEL. (Bajando los ojos.) ¡Vaya! Quién sabe si él quiere á alguna...
 ENRIQUETA. Ya veremos... Si él quiere á alguna..., le casaremos con ella. (Óyese el ruido de la llave en la puerta del foro.)
 LAS TRES. (Corriendo asustadas á la puerta secreta.) ¡Ay! ¡Que vienen!
 ENRIQUETA. (Forcejeando.) ¡Está cerrada!
 CLARA. ¡Yo la cerré... sin acordarme!
 ISABEL. ¡Dios mío! (Clara é Isabel echan á correr y se esconden en la alcoba: Enriqueta se mete detrás del biombo.)

ESCENA VIII

LUIS, CASIMIRO, ANTONIA, LAS TRES escondidas

LUIS. Gracias, Antonia. ¿Conque no ha vuelto Federico?
 ANTONIA. No, señor. Lo que es ahora no tengo la menor duda. A la puerta de mi cuarto me he estado cosiendo..., y con la llave en el bolsillo... (Mirando alrededor.) Me parece que esta vez no dirá...
 LUIS. Le esperaremos. — Entra, Casimiro. Me alegro de haberte hallado á la puerta..., así te haré compañía.
 CASIMIRO. Yo también me alegro, porque tengo precisión de verle..., necesito hablarle..., quiero pedirle explicación sobre cierto chisme...
 LUIS. ¡Bah, bah! (Durante esta escena, Antonia quita la cena y arregla los muebles.)
 CASIMIRO. (Pasando á la derecha.) ¿Este es su cuarto?.. ¡Pues no es gran cosa el cuarto!
 LUIS. ¡Un poco alto!.. Los artistas..., los genios siempre andan allá, por los cielos. Tú no eres de esos..., tú eres rico... y te vas á casar.
 CASIMIRO. ¡Mucho que sí! ¡Con una chica preciosa! Enriqueta... ¡Qué bonito nombre! Vive aquí cerca..., á la vuelta..., calle de Alcalá... Es sobrina del ministro de..., y su tío la ha ofrecido un regalo de boda... Yo creo que el regalo será colocarme...
 LUIS. ¿Y á qué quieres empleo?.. Tú eres rico...
 CASIMIRO. Siempre un empleo... para ser algo en el mundo...
 LUIS. ¡Ya!.. Y ver su nombre impreso... en la *Guía*.
 CASIMIRO. ¡Pues! (Yendo hacia la alcoba.) ¿Esa es su alcoba?.. ¡Eh, eh! Qué cortinillas!.. ¿Y no hay más pieza que esta?
 LUIS. (Dando con la mano en el biombo.) Sí...; con este biombo se hace aquí otra. — Antonia, un poco de fuego en la copilla.
 ANTONIA. Ahí tiene usted fósforos.

LUIS. (Acercándose á la mesa de la derecha.) ¡Hola! ¡Fósforos!.. Pues está provisto de todo. (Enciende un fósforo y con él la vela.) Encenderemos, que ya anochece. Antonia, ¿dónde tiene Federico los cigarros?

ANTONIA. ¿Cigarros?.. Aquí no hay cigarros..., D. Federico no fuma.

LUIS. ¡Es verdad!.. ¡Mejor doncellita!..

ANTONIA. (Yéndose.) ¡Gastando la vela! (Se va por el foro.)

LUIS. ¡Calla, calla!.. (Registrándose los bolsillos.) Aquí tengo yo cigarros. Toma, Casimiro.

CASIMIRO. Venga, venga... - Pero, mira, no digas que fumo... Si mi novia llega á saberlo, ¡no me armaría mala!.. Le ha dado ese capricho, y me lo ha prohibido terminantemente. ¡Qué he de hacer!..

LUIS. Sí... mientras eres novio..., pero así que te cases, ya me dirás si fumas.

ESCENA IX

CASIMIRO, LUIS, FEDERICO

FEDERICO. (Colérico.) ¡Infamia igual!.. (Dejando con ira el sombrero.) ¡Es cosa de tirarse un tiro!

LUIS. ¡Federico! ¿Qué es eso?

FEDERICO. ¡Qué ha de ser!.. Mi cuadro..., en que yo fundaba tantas esperanzas...

LUIS. ¿El que enviaste á la exposición?

FEDERICO. Sí.

LUIS. ¿Lo han puesto á mala luz?.. ¿En el entresuelo aquel?.. ¿O en el pasillo?..

FEDERICO. ¡Qué! No han querido recibirlo..., dicen que hay ya muchos países..., que no hay sitio..., que he acudido tarde...

LUIS. ¿Pretextos?

FEDERICO. ¡Se entiende! - ¡Hola, Casimiro!.. ¿Tú por acá?

LUIS. Viene á visitarte.

CASIMIRO. (Con petulancia.) Vengo, querido, á pedirte una explicación...

FEDERICO. ¿Sí?.. ¡Me alegro! ¡A mejor tiempo!.. Estoy desesperado..., cansado de vivir..., y si me matas, me haces un favor... ¡Vamos ahora mismo!

LUIS. ¿Qué es eso?.. ¡Desafío!.. No sabéis que hay una pragmática del señor rey D. Carlos III...

CASIMIRO. (Mudando de tono.) ¡No!.. ¡Qué desafío!.. ¡No trataba yo de eso!.. Era una explicación... amistosa...

LUIS. ¡Ya! (Aparte.) ¡Estos valentones, en hablándoles gordo!.. (Clara y Enriqueta se asoman varias veces, haciendo tentativas para escaparse; pero se ven precisadas á volverse á esconder.)

FEDERICO. A ver: ¿de qué se trata?

CASIMIRO. Te diré. Esta tarde, venía yo por aquí..., por esta calle del Caballero de Gracia..., á dar la vuelta á la de Alcalá, donde vive mi novia... y, ya ves... iba distraído... como cuando uno va á... Pues señor, te encontré ahí..., á la esquina..., pero cuando uno va así..., distraído... y la víspera de casarse... con mil enredos en la cabeza...

LUIS. ¿Ya tienes enredos en la cabeza?.. ¿Antes de?..

CASIMIRO. Ello es que..., parece que no te saludé...

FEDERICO. ¡No se me da nada!..

CASIMIRO. Lo creo, pero... algo se te dará..., cuando te has quejado de ello á cierta persona... de una manera un poco... acre.

FEDERICO. Luis ha hecho mal en contarte...

LUIS. ¡Eh, eh, poco á poco!.. Que yo no he abierto la boca.

CASIMIRO. No ha sido él. - Y además añadiste..., siempre de una manera un poco... acre, que apostabas á que yo no te convidaba á mi boda.

FEDERICO. Sí..., es verdad, lo dije aquí..., pero.. (A Luis.) Luis, has hecho mal...

LUIS. ¡Dale, dale! ¡Que no le he dicho..., y aquí estábamos solos!.. (Pasando junto á Casimiro.) ¿Quién te lo ha contado?

CASIMIRO. Una dama.

FEDERICO. ¡Una dama!.. - ¡Vamos, imposible! (Alterado.) A menos que... ¡Cielos!

LUIS. Que estuviera aquí escondida, oyéndonos...

CASIMIRO. ¿Quién?.. ¿La mamá de mi novia?

FEDERICO. (Turbado.) ¿Eh?.. ¿Quién?

CASIMIRO. (Riendo.) ¡Ah, ah, con cincuenta años!.. ¡Bueno fuera que anduviese!.. - Pues llevo allá, y empieza á reñirme... y á decirme que tengo mal carácter... y que soy un vanidoso... y en fin, echándome en cara de una manera un poco...

LUIS. ¡Acre!

CASIMIRO. ¡Eso es!.. Que te hacía desprecios..., siendo un antiguo condiscípulo tuyo..., porque eres pobre... y pintor... y... Conque... (Pasando junto á Federico.) yo le sostuve que no era cierto..., y para probárselo..., vengo, querido Federico, á suplicarte que asistas mañana á mi boda: me harás un gran obsequio...

FEDERICO. Hombre, no sé... (Aparte.) ¡Me da en qué pensar!

LUIS. (Pasa al lado derecho de Casimiro, y tómale la mano.) Gracias, Casimiro... Iremos.

CASIMIRO. (Aparte.) ¡Calla! ¡Como si le hubiera convidado! (A Federico.) Te espero á comer... Cuento contigo, ¿eh?..

LUIS. Te digo que iremos á comer: descuida.

CASIMIRO. (Aparte.) Pues señor, le he convidado.

FEDERICO. Yo no sé si iré..., me fastidian las reuniones... y tengo mal humor... Cuando he entrado aquí..

LUIS. ¿Venías á matarte?

FEDERICO. ¡Dios me perdone! Pero tengo momentos en que casi, casi...

CASIMIRO. ¡Estás loco!.. ¿No tienes amigos?

LUIS. Yo, como tal, empiezo por confiscarle las pistolas.

FEDERICO. (Deteniéndolo.) No, no... ¡Déjalas! ¿Puedes figurarte?..

LUIS. (Abre la caja y ve el papel.) ¡Hola! Y no soy yo solo quien se lo figura... Mira, mira..., aquí te aconsejan...

CASIMIRO. (Pasando en medio.) ¿El qué?

FEDERICO. (Tomando el papel y leyéndolo.) «Vive para quien te ama.» (En este momento, Enriqueta viéndolos ocupados, sale de puntillas á abrir la puerta del foro y se escapa.)

LUIS. Dice bien.

CASIMIRO. Dice bien. (Federico besa el papel. Luis hace un movimiento y se encuentra cara á cara con Enriqueta en el instante que se escapa.)

LUIS. (Dando un grito.) ¡Ay!

FEDERICO. (Mirándolo.) ¿Qué? (Llégase á Luis: Casimiro se vuelve también hacia él y se halla de manos á boca con Clara, que salía de puntillas de la alcoba, y se escapa también, dejando cerrada la puerta.)

CASIMIRO. (Dando un grito.) ¡Ay!

FEDERICO. (Volviéndose hacia él.) ¿Qué es eso?

LUIS. (Saludando con aire burlón.) ¡Que sea enhorabuena!

CASIMIRO. (Idem.) ¡Muy enhorabuena!

FEDERICO. ¿Qué?... ¿Qué significa eso?

LUIS. ¡Sí!. ¡Hazte el tonto!

CASIMIRO. ¡Truhán!

LUIS. ¡La misteriosa protectora!.. No la conocías, ¿eh?

FEDERICO. ¡Explícate!

CASIMIRO. ¿No conoces á la del vestido blanco?

LUIS. A la del vestido azul.

CASIMIRO. No, no: blanco.

LUIS. ¡Azul!

FEDERICO. ¡Por Dios, señores!.. Blanco..., azul... ó lo que sea, ¿de quién habláis?

LUIS. ¡Toma! ¡De la que acabo de ver!.. ¡No se me despinta ya..., la tengo aquí!

FEDERICO. ¿Pero á quién?

CASIMIRO. A la dama oculta. Tampoco á mí se me despinta..., en cuanto la vea..

FEDERICO. ¡Una dama!

LUIS. Sí, señor, una dama..., que estaba aquí escondida... ¡Hazte de nuevas!

FEDERICO. ¿Y vosotros la habéis visto?

LUIS y CASIMIRO. ¡Sí, señor!

FEDERICO. ¿Pero dónde..., dónde?

LUIS. ¡Aquí!.. Pues si se acaba de escapar... (Isabel, que ha hecho varias tentativas para escaparse, se ve precisada á volverse á la alcoba.)

FEDERICO. (Queriendo marcharse.) ¡Ah! ¡Esto es mucho apurar!.. Voy á ver (A Antonia, que sale con luz.) ¡Ah! Antonia, ¿quién ha salido ahora de aquí?... ¿Ahora?

ANTONIA. ¡Qué sé yo!.. Y es verdad que he oído bajar la escalera á escape..., yo estaba encendiendo luz..., creí por la prisa y los brincos que sería el Sr. D. Luis y el Sr. D....

FEDERICO. ¡Se ha marchado!.. ¡Era una mujer!

ANTONIA. ¡Mujer! ¡A ese paso!..

FEDERICO. ¿Pero vosotros estáis seguros de que?..

CASIMIRO. ¡Vamos, vamos, camarada!.. Conque no sabes quién es, ¿eh?... ¡Qué gracia! ¡Tiene aquí una muchacha, y no sabe quién es!.. ¡Ah, ah, ah!

ANTONIA. ¡Una muchacha!

LUIS. (Riendo.) ¡Ah, ah! A menos que sea una *dama duende*..., cosa muy común... en las comedias de *Calderón*... ¡Ah, ah, ah! Adiós!

CASIMIRO. ¡Hasta mañana!.. El de la *dama duende*! No diré una palabra en casa de mi novia, porque mi suegra te protege..., y si supiera..., ella que es más rígida!.. Conque ve temprano..., á las dos es la cosa.

LUIS. Bien: á las dos iremos. ¡Ah, ah, ah!.. (Se van riendo.)

ESCENA X

FEDERICO, ANTONIA, ISABEL, oculta

FEDERICO. (Que se ha quedado inmóvil.) ¡Una mujer! (Leyendo el papel.) «Vive para quien te ama.»

ANTONIA. (Aparte.) ¡Vea usted! ¡Un mozo tan juicioso!.. ¡Quién lo había de decir!

— D. Federico, ¿quiere usted algo?... Me voy á acostar.

FEDERICO. Vaya usted con Dios.

ANTONIA. (Tomando la luz.) Santas y buenas noches... (Viendo en la mesa un papel que dejó Clara.) ¡Calla! ¡Pues no decía usted!.. ¡Aquí está el recibo del casero!

FEDERICO. ¡Cómo! ¡El recibo!.. Pero ¿cuándo?... ¡Váyase usted á dormir; quiero estar solo!

ANTONIA. (Aparte.) ¡Ay, qué mudado está!.. ¡Vamos, lo han pervertido! — Ya me voy. (Se va: Federico cierra con llave y cerrojo.)

ESCENA XI

FEDERICO, ISABEL, oculta

FEDERICO. ¡Esto es cosa de volverse loco! ¡Siento un sudor frío..., yo tengo calentura..., no me puedo tener en pie! (Cae en una silla junto al biombo: Isabel saca la cabeza por las cortinas de la alcoba.) ¡Es esto un sueño!.. (Se toca.) ¡Será que estoy dormido!.. No. Pues esa mujer..., estos misterios... (Se levanta: Isabel se esconde.) ¡Pero por dónde entra, señor! (Recorriendo el cuarto.) ¡Qué, es imposible!.. No hay más puerta que esa... ¡La ventana!.. ¡Qué, á una altura semejante..., piso tercero! Lo que es por la alcoba... (Entra en la alcoba describiendo la cortina: Isabel se sale por el lado opuesto, cogiéndole la vuelta, y se esconde detrás del caballete.) ¡Nada!.. ¡Aquí no hay salida! — ¡Pero señor... señor!.. ¿Quién será? Ocultarse así para colmarme de beneficios!.. ¡Beneficios que no aceptaré, mientras no sepa quién es! ¡Ah, lo que yo quisiera sería verla..., verla... y que me amase!.. ¡Sí, sí! ¡Porque yo conozco que la amo..., la amo sin conocerla! ¡Y ella también debe amarme!.. (Yendo á la alcoba.) ¡Ah, qué estado tan violento! ¡Yo no puedo descansar ni dormir!.. (Echándose en la cama.) ¡Dios mío, pon término á esta ansiedad!.. ¡Haz que se realice este sueño..., esta ilusión de mi fantasía... ó, por compasión, que deje yo de existir!.. ¡Sí, Dios mío..., Dios mío! (Cierra los ojos. Isabel presta el oído, muerta de zozobra, y cuando lo cree dormido, trata de salir y dirigirse á la puerta; pero tropieza con el caballete y lo derriba.)

FEDERICO. (Alzando la cabeza.) ¡Quién anda ahí!.. (Isabel, asustada, apaga la luz que hay en la mesa de la derecha, delante del caballete. Federico se levanta.) ¡Oigo pasos..., sí! ¡Han apagado la luz!.. El vestido blanco... (Isabel va á pasar por detrás de él, pero Federico la agarra de la mano.) ¡Ah, ya no te escapás!

ISABEL. (Se suelta, dando un grito.) ¡Ay!

FEDERICO. Pero, ¿quién eres?... ¡Habla! (Isabel quiere alejarse hacia la puerta del foro: él la detiene.) ¡Oh, ahora no te vas!

ISABEL. (Con voz apagada.) ¡Por Dios..., por Dios!.. ¡Yo se lo suplico..., tenga usted compasión!

FEDERICO. ¡Compasión!.. ¿Y la has tenido tú conmigo, mujer ó fantasma... ó lo que seas?... Porque tú eres sin duda la que me está colmando de beneficios..., ¿no es cierto?

ISABEL. (Temblando.) Sí

FEDERICO. Tú eres la que entró en mi cuarto cuando yo estuve enfermo, y se sentó á la cabecera de mi cama... Di, ¿es cierto?

ISABEL. Sí.

FEDERICO. ¿Tú eres también la que pasaba el día frente á mi balcón, haciendo más llevadero mi trabajo con el acento de esa voz celestial?

ISABEL. Sí, sí.

FEDERICO. ¿Tú eras?.. ¡Ah, bien me lo decía el corazón!.. Pero, entonces, ¿por qué te escondes de mí? ¿Por qué huyes..., si es que me amas?.. Di..., ¿no me amas? (Isabel no se atreve á responder.) ¡Ah, responde..., di que me amas! (Se acerca á Isabel: ella corre á otro lado.)

ISABEL. ¡Pues bien, sí!.. ¡Pero no se acerque usted!

FEDERICO. ¡Ah! ¡Conque me amas!.. ¡Dios mío! ¡Esa palabra vale mi vida entera! (Dirigese á ella.)

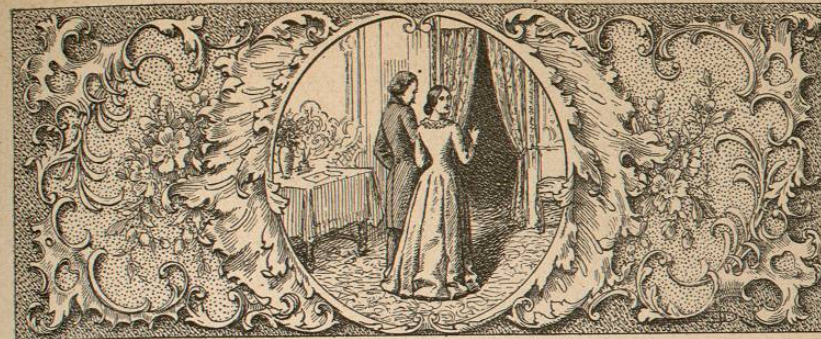
ISABEL. (Cayendo de rodillas.) ¡Ah! ¡Míreme usted de rodillas!.. ¡Sea usted generoso..., no sea usted ingrato!

FEDERICO. ¡Ingrato! (Alejándose de ella.) ¡No, jamás!

ISABEL. ¡Déjeme usted marchar!

FEDERICO. ¡Marchar! ¡Desaparecer otra vez!.. ¡Ah! ¡No!.. No será sin que yo te conozca.. ¡Quiero verte..., sí!.. Aunque te empeñes..., no hay remedio! (Va á la mesa, busca á tientas los fósforos, enciende uno y con él la vela. Entretanto, Clara y Enriqueta abren la puerta secreta, é Isabel, que miraba con inquietud hacia aquella parte, lo ve, se levanta y desaparece con ellas, en el instante de volverse Federico con la luz: todo esto debe ser vivísimo.)

FEDERICO. (Espantado y trémulo, al verse solo.) ¡Dios mío..., Dios mío! (Cae el telón.)



ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala en casa de doña Inés. Puerta al foro que da salida por la derecha á la calle, y por la izquierda á lo interior. Puerta á la izquierda que conduce al cuarto de doña Inés. A la derecha, en primer término, una puertecilla secreta, y delante de ella una mesa con papel y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

CASIMIRO. Luego, DOÑA INÉS

CASIMIRO. (Cruzando la escena con precaución y yendo á llamar á la puerta de la izquierda.) ¿Se puede entrar? Soy yo..., Casimiro..., tu novio. ¡Se estará acicalando!.. Si me dejara entrar..., charlaríamos un rato antes que viniesen los convidados. (Llamando.) ¡Soy yo, soy yo!.. ¡Ya viene..., ya abre! (Abrese la puerta: aparece doña Inés.) ¡Ay, que es la suegra!

INÉS. ¡Hola! ¡Es usted!.. ¿Y qué prisa es esta?

CASIMIRO. ¡Nada!.. Sino que... como es mi mujer...

INÉS. Todavía no lo es: hasta que den las dos...

CASIMIRO. ¡Aún falta un buen rato!..

INÉS. Pues paciencia. Ya darán, y se casarán ustedes.

CASIMIRO. ¡Huy! ¡Qué gusto!.. Y luego...

INÉS. (Con severidad.) ¿Eh?

CASIMIRO. ¡Nada, nada!

INÉS. ¡Casimiro..., cuidado!.. ¡Es usted un poco ligero de lengua!

CASIMIRO. ¡No, señora!.. bromista!

INÉS. En fin, ahora no puede usted entrar: Enriqueta se está vistiendo.

CASIMIRO. ¿Y eso qué?

INÉS. ¿Eh?

CASIMIRO. Nada: bien está — Y gracias á Dios que ha llegado esa amiga que mi novia esperaba de Guadalajara: se empeñó en que no habíamos de casarnos hasta que viniera!..

INÉS. ¿Y qué tiene de extraño?.. Se han criado juntas... Ella se ha casado con un propietario muy rico..., hombre de edad..., y se había ido á pasar una tempora-